



28/03/2000

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, ANTE EL CONSEJO DE GOBIERNO DEL BANCO CENTRAL EUROPEO REUNIDO EN MADRID

Madrid, 29-03-2000

Señor Presidente del Banco Central Europeo, señores Gobernadores y Consejeros, señoras y señores:

Deseo, en primer lugar, agradecer su invitación. Ha sido para mí un placer compartir esta cena y aprovecho la ocasión para felicitar al Consejo de Gobierno del Banco Central Europeo por su decisión de celebrar sus reuniones, dos veces al año, fuera de Frankfurt, su sede central. Como es natural, me parece especialmente afortunada la elección de Madrid para la primera de estas reuniones. Esta decisión debe entenderse desde el punto de vista del esfuerzo que está desplegando el Banco Central Europeo para conseguir que la opinión pública europea se sienta plenamente informada sobre las orientaciones y decisiones que adopta su autoridad monetaria; una autoridad cuyo objetivo fundamental es la estabilidad de los precios.

El Banco Central Europeo es, pese a su juventud, una institución clave en el corazón de la construcción europea y creo, sinceramente, que ello se debe a su buen hacer.

La construcción de una Unión Monetaria que incorpora once países con economías de características diversas y sistemas financieros heterogéneos ha sido un gran éxito, impulsado por una voluntad política firme y apoyado en unos estudios técnicos desarrollados con gran eficacia.

Construida la Unión Monetaria, hay que decir que los resultados obtenidos en los quince primeros meses de su existencia han sido plenamente satisfactorios. La andadura del euro se inició en un contexto económico y financiero internacional difícil, marcado por las secuelas de la crisis financiera internacional iniciada en el verano de 1997.

La firme voluntad del Banco Central Europeo de ceñir su actuación al objetivo primordial de la estabilidad de los precios, ignorando aquellas voces que solicitaban de la política monetaria tareas imposibles y perturbadoras, han permitido a nuestra institución monetaria común presentar un balance muy positivo en estos quince meses de trayectoria.

Mucho se ha hablado y escrito sobre el euro en estos quince meses transcurridos desde su nacimiento, sobre su presunta fortaleza o debilidad. No voy a ser yo quien hable del euro. Siempre he sido partidario de que sea el Banco Central Europeo quien haga pública su opinión sobre la moneda única y de que lo haga "con una sola voz". No quiero añadir la mía a la discusión. Me limitaré a decir que, en mi opinión, la mejor contribución que el Banco Central Europeo puede hacer al fortalecimiento del euro consiste en mantener una política monetaria rigurosa, que se atenga a su objetivo básico de conseguir la estabilidad de los precios.

Tal política monetaria no bastará, sin embargo, para dotar al euro de una fortaleza persistente en el futuro, como tampoco bastará para hacer del "área euro" una región de crecimiento rápido y sostenido, con bajas tasas de paro y altas tasas de crecimiento de la productividad. Éstos son objetivos que, como ustedes mismos han señalado en diferentes ocasiones, exceden las posibilidades y el ámbito propio de la política monetaria.

En los últimos años venimos observando con admiración, no exenta de envidia, el dinamismo que ha demostrado la economía de los Estados Unidos. De esta observación hemos de extraer enseñanzas y, de ellas, ninguna es tan importante como la necesidad de asimilar que la introducción y la rápida extensión de las nuevas tecnologías en la economía americana se ha registrado en un clima de mayor competencia y de flexibilidad en los mercados de productos y de factores.

Estas reflexiones, ampliamente compartidas en el seno de la Unión Europea, como muestran las conclusiones del reciente Consejo Extraordinario de Lisboa, deben llevarnos a reconocer la necesidad de realizar un esfuerzo conjunto para hacer de la Unión un espacio económico más dinámico, abierto y competitivo, basado en la innovación y el conocimiento, y que compagine el crecimiento económico, la creación del empleo y la cohesión social. Éste es el núcleo del objetivo estratégico europeo acordado en Lisboa.

En Lisboa hemos conseguido que los objetivos aceptados no se queden en el ámbito de las declaraciones formales, sino que se han traducido en programas concretos de actuación que los hacen creíbles y relevantes. Se han fijado calendarios concretos y objetivos precisos a alcanzar, con un horizonte final del programa en el año 2010.

Las líneas concretas de actuación para alcanzar ese objetivo 2010 se articulan en tres ejes fundamentales: primero, la profundización en la liberalización e integración de nuestros mercados de modo que garantice la plenitud del mercado único de productos, capitales y personas; segundo, el desarrollo acelerado de las nuevas tecnologías para contribuir al fortalecimiento de la sociedad de la Información y a la mejora de nuestros sistemas de educación y formación, clave de un futuro dinámico y competitivo para Europa; tercero, la renovación del modelo social europeo, adaptándolo a las circunstancias presentes, asegurando su sostenibilidad en el futuro y erradicando la exclusión social en una sociedad con pleno empleo.

Así, en el año 2010 deberemos encontrarnos con una Unión Europea ampliada a las nuevas democracias europeas, consolidada como un espacio de libertad, justicia y seguridad, y socialmente cohesionada mediante el mantenimiento de altos niveles de empleo y de sistemas de protección social financieramente sostenibles.

No hay otro camino hacia el pleno empleo y el bienestar social en Europa que el de las reformas estructurales de los mercados, su flexibilización, el juego de la competencia, la introducción y difusión de las nuevas tecnologías y la estabilidad presupuestaria. Al Banco Central Europeo le queda encomendada la función, espléndidamente desarrollada hasta el presente, de velar por la estabilidad de precios. No me cabe duda de que la seguirá desempeñando en el futuro con tanta brillantez como hasta el presente.